

FEDERICO FAYERMAN



Coctel de relatos

colección básica



La casona

No había reparado nunca en aquella casona. Sus muros de piedra y sus balcones acristalados parecían esconderse entre los chopos del jardín.

Tampoco sabía muy bien por qué había salido a caminar esa mañana bajo la lluvia. La estación del año no solía influir en mi estado de ánimo, pero el hecho de estar solo, durante tanto tiempo en aquel pueblecito cerca del mar, me había vuelto sin duda melancólico.

Me acerqué a la verja. Un jardín de mil colores rodeaba la casa, yendo a morir al pie de una escalera de granito. En el peldaño más alto, estaba ella.

Regaba las plantas de la terraza y parecía flotar sobre sus zapatillas. Vestía una bata azul encima de un camisón blanco que le llegaba hasta los tobillos.

Sus rizos afloraban bajo un pañuelo también azul y sus movimientos parecían pasos de baile al compás de una melodía imaginaria.

Miró hacia donde yo me encontraba y su cara se iluminó. Me saludó con la mano y después siguió alimentando sus flores, sin dejar de sonreír.

Aquella tarde me senté ante el ordenador y no dejé de teclear hasta bien entrada la noche. La melancolía había desaparecido y en su lugar mil ideas se habían hecho dueñas de mi cerebro.

Al día siguiente me acerqué al vivero y compré un rosal de flores blancas para ella. Cuando se lo mostré a través de la verja me invitó a pasar al jardín. Yo mismo lo planté delante de la puerta principal.

Así empezó nuestra relación, y durante los tres meses siguientes me olvidé de escribir y me sumergí en ella. Salí a la superficie cuando recibí la llamada de mi editor desde Madrid, reclamándome la novela encargada.

Y Celia se convirtió en el personaje principal y su presencia me inspiró para terminar de escribirla en tan solo dos meses.

Viajé a Madrid para entregar el original a José Robles, mi editor y durante la semana que pensaba permanecer en su casa, asistí a varias fiestas y presentaciones de libros, donde conocí a su hija, Lucía.

La novela se publicó y obtuvo un premio literario de gran relieve. Lucía y yo empezamos a salir y nos casamos seis meses después.

Me olvidé de Celia y de la tranquilidad que respiraba en el pueblo a su lado, viví la popularidad y el éxito, sucumbiendo a la adulación de todos los que me rodeaban.

No pude escribir otra novela. La inspiración se agotó al igual que la dedicación al trabajo y el eco de mi éxito fue atenuándose poco a poco, hasta pasar al olvido.

También Lucía se fue alejando de mí. Se enamoró de un escritor de best sellers y me abandonó tres años después. Pensé en Celia, en los días y las noches con ella, en el olor del jardín y en las tardes de largos paseos por los acantilados. Bajo el orvallo. Pero no me atreví a volver. Ni siquiera a llamarla.

Han pasado veinte años. He regresado al pueblo para vender la casa y no he podido evitar recorrer de nuevo sus calles y caminar por los senderos, bajo los eucaliptos, buscando el mar.

Paso frente a la casa y el rosal ya no está. Me acerco y miro a través de las rejas. Dentro todo parece seguir igual. El jardín está rebosante y en la terraza, en lo alto de la escalinata, una mujer riega las plantas. Es Celia, está como cuando la conocí. No

tiene una sola arruga, conserva los veinte años de entonces. No ha envejecido. Se vuelve hacia mí y me sonrío. Después entra en la casa.

Al día siguiente vuelvo al vivero y compro otro rosal. No entiendo lo que pasa, pero deseo repetir la historia.

Le llevo la planta y lo siembro yo mismo otra vez en el frente de la casona, delante de la puerta. Celia me mira con dulzura, pero no dice nada. Para ella parece estar todo olvidado o no haber sucedido nunca. Celia no me habla del pasado y yo, lógicamente, tampoco.

Los siguientes tres días los paso en casa de Celia y reiniciamos nuestro idilio aún más apasionado que antes. Ella es otra vez incomprensiblemente tan joven que me vuelve loco. Estoy decidido a quedarme aquí. Además, no ha habido preguntas ni reproches y la veo feliz.

Pasan otros cuatro días intensos. Todas las mañanas paseamos hasta los acantilados y allí, entre los eucaliptus, hacemos el amor.

Al octavo día ha ocurrido algo espantoso. Celia ha regresado de viaje. Al verme en la casa está a punto de desmayarse. Cuando se repone me mira con desprecio y me dice:

—Pensé que no serías capaz de volver por aquí. Has tardado veinte años en conocer a tu hija.

La rosa

Lo más asombroso fue que en medio de la playa creció un rosal.

Mucho tiempo lloviendo, en concreto hacía dos meses y medio que la lluvia no había cesado de caer en el pequeño pueblo de la costa. Mientras diluviaba, comenzaron a brotar plantas por todas partes. Los caminos se hicieron intransitables, los muros de las casas se cubrieron de trepadoras y los motores de los coches se estropearon por la acumulación de breña en sus motores.

En pocos días la playa se tiñó de rojo. Los rosales asomaban entre los arrecifes cercanos, desafiando la fuerza de las mareas y el embate de las olas. Creían majestuosos ante la mirada atónita de las gentes del lugar.

Entonces comenzaron a cambiar de color. Del rojo de la mañana pasaron al amarillo por la tarde y finalmente al blanco por las noches. Y poco a poco todas las playas se fueron poblando de rosas, hasta hacer desaparecer el paisaje. Invadieron el mar,

avanzaron hacia el interior del país y no dejaron un metro cuadrado del planeta sin flores.

Las autoridades intentaron luchar contra esta plaga, pero fue imposible. Si intentaban arrancar una planta, esta se revolvía y atacaba con sus pinchos. Las máquinas no podían cortar los tallos pues estos se enrollaban en sus ruedas y las inmovilizaban. Los rosales siguieron creciendo hasta llegar a la Luna y después a Marte y así hasta llegar al Sol. Y la galaxia terminó siendo una maravillosa rosaleda blanca.

La historia termina con la muerte del escritor, con la del narrador y con toda la especie humana engullida por las plantas invasoras. En ese caso, nadie, querido lector anónimo, podría lógicamente haberlo leído. ¿Luego quién es el que escribe esto y te permite conocer el final?

Y el final es que tras cien años de soledad llegaron los alienígenas, recolectaron todas las plantas, y las llevaron a su galaxia tenebrosa. Antes de partir esparcieron semillas por todo el planeta y se dispusieron a esperar pacientemente millones de años hasta que una nueva cosecha estuviera a punto.

María Luisa

Llegábamos a la playa sobre las once, y nos agrupábamos cerca de las rocas. Bandera verde, mar en calma y sol intenso. Extendíamos las toallas por el suelo y todos se sentaban contentos sobre ellas. Los monitores nos colocábamos alrededor.

Era mi primer año de voluntariado en este campamento de verano con hombres y mujeres discapacitados y mi papel consistía en acompañar permanentemente a dos de ellos y vigilar que en la playa nadie se alejara del grupo. Cuando todos estaban preparados, el monitor jefe iniciaba las actividades.

Primero era el baño y los juegos en la arena. Después, en unas mesas que habíamos colocado al fondo de la playa, resguardados del sol por toldos verdes y blancos, se almorzaba y leíamos algunos textos que se comentaban hasta donde alcanzaba su entendimiento. Así hasta las dos, hora en la que los acompañábamos a la residencia para comer.

Por la tarde nos juntábamos en el porche de la casa y contábamos historias divertidas. Por la noche, todos querían escuchar historias de miedo.

A María le reían los ojos cada vez que yo pronunciaba su nombre, aunque de vez en cuando su mirada se escapaba lejos y parecía perderse en otro mundo, del que costaba recuperarla.

María tenía treinta años, el pelo largo y negro, recogido en una coleta y atado con una goma rosa, el único color que le gustaba. A veces, mientras leíamos, ella misma deshacía el nudo y me daba la goma para que volviera a recogerse y así notar mis dedos en su cabeza. Su cuerpo era frágil, casi tanto como su mente y cuando caminábamos buscaba apoyo en mis brazos. Podía haber sido la mujer más deseada del mundo, si hubiera podido sonreír; si hubiera tenido alguna razón para sonreír.

Me enamoré sin pensarlo, sin desearlo, pero en ningún momento sentí compasión ni pena hacia María. Para mí no era diferente a cualquier otra mujer, pese a que en su boca había siempre un gesto suplicante. Y cuando una noche acudió a la oscuridad de mi habitación, no sentí remordimiento por amarla, por recorrer su cuerpo, por beber en la fuente fresca de su boca, o porque mis labios susurraran

«te quiero» imposibles, mientras ella gritaba en silencio.

Le gustó que mis pies se frotaran con los suyos, notar sus muslos aplastarse bajo los míos y el cosquilleo de mis dientes mordisqueando sus axilas. Y el gesto de súplica de su cara se tornó risa y rio sin parar hasta que de tanto reír se volvió llanto y María se sorprendió al descubrir por vez primera el agua salada descendiendo por sus mejillas hasta mojar sus labios.

Cuando terminó el campamento de verano y regresamos a casa, María volvió a extraviarse en su cercano infinito. Y al tiempo que las gaviotas planeaban sobre la orilla del atardecer y la luna intentaba quitarse el velo de novia para platear el mar, la marea se encargó de borrar nuestros nombres en la arena: Luisa ama a María